

Jean-Luc Nancy: de la guerra a la necesidad de una nueva ontología política

CARLOS ROA HEWSTONE*

DOI: <https://doi.org/10.15162/1827-5133/1830>

ABSTRACT

El artículo examina el argumento que sustenta tanto la guerra identitaria de los Balcanes como la guerra económica de Irak, esto es, que si lo que estorba a la realización de la unidad planetaria, debe procederse a la limpieza étnica y a la exterminación sistemática de la pluralidad. En respuesta a la totalización de estas figuras político filosóficas, la ontología de la comunidad de Nancy elicitaba una renovación en la comprensión de lo político y lo ontológico, al echar sus raíces en las modalidades concretas de comunicación y exposición entre seres finitos.

The article examines the argument that underpins both the identity war in the Balkans and the economic war in Iraq and, in other words, if what is in the way of the realization of planetary unity, should be ascribed to the ethnic cleansing and the systematic extermination of plurality. In response to the totalization of these political-philosophical figures, Nancy's ontology of community elicits a renewal in the understanding of the political and the ontological by rooting in the concrete modalities of communication and exposure among finite beings.

* Carlos Roa Hewstone es profesor de Filosofía de la Universidad Alberto Hurtado, Chile.

La extensa enumeración de conflictos armados con que inicia *Ser singular plural*¹, sirve a Nancy para dar una imagen de la conflictividad, allende la crisis política del socialismo en Europa a finales de los 80 y principios de los 90, reafirmando su convicción de entender el comunismo como un asunto de márgenes más amplios que los que ofrece la política gestionaaria. Esta descripción de la guerra reemplaza a aquel imaginario de un único conflicto entre grandes potencias industrializadas, por guerras protagonizadas por comunidades más pequeñas o geopolíticamente menos influyentes. Un claro ejemplo de este tipo de conflictos es la Guerra de los Balcanes. En *Elogio de la mezcla* – uno de los artículos que cierra *Ser singular plural* – Nancy describe Sarajevo como lo que queda luego de la acción de la política identitaria, seguida de la limpieza étnica.

En el texto, Nancy critica una suerte de voluntad imperante en los Balcanes que se afana en negar la mezcla y, en cambio, se esmera por operar política y militarmente estableciendo una lógica que pretende desambiguar la complejidad de los grupos étnicos que ahí habitan. Según esto, la unidad de algunos factores como las costumbres o los rasgos faciales deben tener, en cada caso, la misma forma representativa de realidades lingüísticas tales como “serbio”, “croata” o “bosnio”. Esta lógica, a contracorriente de los barrios, los lugares de oración, las costumbres y la arquitectura, que prueban irrefutablemente la mixtura que durante siglos ha singularizado a la ciudad, no es relativa a nada ni representa algo distinto de ella misma. Allí donde la convivencia centenaria es la imagen compleja de un mundo peculiar, esta identidad es absoluta en dos sentidos: en tanto pura forma, no está afectada por la diferencia, y en cuanto carece de contenido, no tiene nada que ver con la pluralidad del mundo. Así lo corrobora Nancy cuando nos dice: “‘Sarajevo’ se ha convertido en el enunciado de un sistema completo de reducción a la identidad”².

La identidad está unida al aparato de la lógica y estructuralmente al de la metafísica, no al orden de las cosas consideradas aparte de ésta, se genera más en el plano lingüístico-conceptual que en el de los intercambios concretos y cotidianos pero, paradójicamente, siendo que no es ningún ente de este mundo,

¹ J.-L. Nancy, *Ser singular plural*, Arena Libros, Madrid 2006, p. 11.

² Ivi, p. 159.

sirve bastante bien para diferenciar a unos hombres respecto de otros. Desde la óptica de Nancy, la identidad ha estado desde siempre – así como la pureza que es su corolario fáctico – en querella con la mezcla, pero el simplismo con el que se la ha tratado ha hecho que sus consecuencias en el mundo sean totalmente distintas cuando lo que se ha querido hacer es un elogio de lo puro. “Ante todo, seamos claros: el elogio simplista de la mezcla ha podido engendrar errores, pero el elogio simplista de la pureza sostuvo y sostiene crímenes”³.

En francés, el título del ensayo reza *Éloge de la mêlée*, pudiéndose traducir al español tanto por “Elogio de la mezcla” como por “Elogio de la confrontación”. En lugar de especificar el uso de ambos significados, Nancy opta por jugar con sus acepciones. La identidad abocada a establecer taxonomías raciales o de pertenencia y legitimidad, constituye una unidad ubicada por sobre las cosas particulares y las situaciones determinadas, funda la dualidad comunitaria, permite distinguir a cada quien y establece la posibilidad de hablar de sujetos perfectamente constituidos bajo significaciones tales como propio o impropio. Pero Sarajevo es un asentamiento humano en ruinas, calificado en términos de “ciudad testigo” por Nancy, y su testimonio no es otro que el de las figuras ontológicas que han dado lugar a la violencia, y han conducido no sólo a producir tiranías y masacres, sino a multiplicar por todo el globo conflictos donde lo que se pone en juego no es la pluralidad y la singularidad de la mezcla, sino por el contrario la extensión territorial de la identidad, sucedida de la confrontación, a la que sigue casi axiomáticamente el exterminio.

Esta amplia comprensión de la confrontación que el filósofo fija como fundamento para la guerra, permite comprobar una asimetría de la identidad respecto de la mezcla. Cuando se plantea la discusión acerca de estas dos ideas en términos cuasi dialécticos, más que sugerir una posible conciliación, lo que se reitera es una idea que tiene particular vigencia en sus últimos trabajos: si bien el mundo se compone y desarrolla según el canon de la mezcla, su destino se decide de acuerdo a la identidad⁴. Desde luego, el entendimiento nancyano de la palabra identidad trasciende su utilización tradicional en la

³ Ivi, p. 162.

⁴ Cfr. Ph. Armstrong, *Reticulations. Jean-Luc Nancy and the Networks of the Political*, University of Minnesota Press, Minneapolis 2009, p. 38; cfr. J.-L. Nancy, *Identité. Fragments, franchises*, Galilée, Paris 2010, p. 69; J.-L. Nancy, *La pensée dérobée*, Galilée, Paris 2001, pp. 14-15.

filosofía, ya que no se refiere a la verdad o falsedad proposicional ni a la validez teórica, sino que pretende designar una forma última regulativa de todo cuanto acontece y produce efectos en la realidad. De manera análoga, ocurre cuando habla de sujeto, ya que el rígido aislamiento de este concepto, con frecuencia ligado a discursos de corte cognoscitivo, da paso en Nancy a una comprensión general de todas aquellas formas de identificación comunitaria que permiten establecer patrones de pertenencia o exclusión, anclados en la herencia lógico-metafísica que funda a Occidente. Ello le permite persuadirnos de que tal noción ha de comprenderse en un sentido simultáneamente ontológico y político: ontológico, por cuanto lo que hay comprometido es cómo se define quién es propiamente un sujeto, y político, ya que dicha noción se usa para determinar el sentido instrumentalizado como pertenencia comunitaria⁵.

De acuerdo a los argumentos de Nancy, la relación entre sujeto y pertenencia sólo agrada a los propósitos de la confrontación (*mêlée*). Concretamente, el presupuesto político de una comunidad pensada de acuerdo con una subjetividad a la que se le exige la apropiación de las diferencias para conseguir su propia mismidad, figura en el texto sobre Sarajevo asociada al genocidio, las violaciones sistemáticas de mujeres, los embarazos forzados o el desplazamiento planificado de poblaciones, presente también en algunos de los conflictos que el filósofo enumera. Este fenómeno es evaluado por Nancy en términos de cumplimiento fáctico de la identidad. Como en *El mito nazi*, el análisis de Nancy se focaliza en *Ser singular plural*, en la manera en que se establece una correlación entre los mitos fundadores de comunidades, así como las posibles confrontaciones entre mitos diversos a las que esta lógica da lugar (por ejemplo, “la gran Serbia”, frente al invasor musulmán-otomano catalizado en la figura del bosnio)⁶. Esta misma operación es la que se aprecia en *El sentido del mundo*.

Al espacio de la ciudad se le pre-suponen o se le pos-suponen, en cuanto su principio o en cuanto su fin, una identidad y una sustancialidad -las del ‘pueblo’ en una configuración orgánica, o las de la ‘nación’, o incluso las de la

⁵ Cfr. J.-L. Nancy, *Identité. Fragments, franchises*, Galilée, Paris 2010, p. 69; J.-L. Nancy, *La pensée dérobée*, Galilée, Paris 2001, pp. 14-15.

⁶ J.-L. Nancy y Ph. Lacoue-Labarthe, *Le mythe nazi*, Editions de l’Aube, La Tour-d’Aigues 1991, p. 21.

propiedad, o las de la producción-, y esta pre-suposición de sí misma (hay que decir: esta presuposición que *hace el sí mismo*) viene a cristalizar la identidad en una figura, un nombre, un mito. La política deviene la conducta de la historia de ese sujeto, de su destino o de su misión. Deviene la revelación o la proclamación de un sentido, y de un sentido absoluto⁷.

En el tratamiento de la problemática de la comunidad que efectúa Nancy resulta primordial además de las cuestiones relativas a la identidad y el sujeto, la manera en que la construcción del “nosotros” depende de un llamado a morir o matar juntos. La existencia de la comunidad es posible sólo cuando se extingue aquello que contraría los ideales que la fundan y son admitidos como propios⁸. El resultado de la lógica heroica que acompaña a este tipo de fundación, está permeado por una inmortalidad encargada de perpetuar la existencia de la comunidad misma. Esto equivale a la negación de la finitud que Nancy ha promovido desde los inicios de su obra ya que, según considera, aquello que en su búsqueda de pureza consigue quien ejerce violencia es una aniquilación del sentido finito inherente a cada ser. Se trata de un entendimiento del sentido instrumentalizado para dar significado a la acción política y, consecuentemente, militar. En *Un pensamiento finito*, publicado seis años antes de *Ser singular plural*, expresa: “‘Exterminar’ quiere decir ‘terminar con’ (solución final): es decir, aniquilar el acceso mismo al *fin*, liquidar el sentido”⁹.

Tejne bélica: la Guerra del Golfo I

En junio de 1991 Nancy publica “Guerra, derecho, soberanía – Tejne”, un texto dedicado a la primera Guerra del Golfo, donde se ocupa de algunos aspectos de la relación entre la soberanía, la guerra y, por supuesto, la comunidad¹⁰. En el marco del conflicto más televisado de la historia, esta “guerra-espectáculo” es calificada por Nancy mediante la palabra “fachada” y definida como eso que “vuelve a poner en movimiento la guerra económica”.

⁷ J.-L. Nancy, *Le sens du monde*, Galilée, Paris 1993, p. 167.

⁸ B. C. Hutchens, *Jean-Luc Nancy and the Future of the Philosophy*, McGill-Queens University Press, Montreal & Kingston 2005, p. 144.

⁹ J.-L. Nancy, *Un pensamiento finito*, Anthropos, Barcelona 2002, p. 19.

¹⁰ J.-L. Nancy y C. Bailly, *La comparution*, Cristian Bourgois Editeur, Paris 2007, p. 27.

En principio el filósofo revisa las condiciones estructurales de la soberanía, y cómo a partir de ella es posible una comprensión del nexo que ésta mantiene con la economía. La guerra de Irak es un conflicto que compromete a las naciones que denomina como pertenecientes al polo del orden, el derecho y el desarrollo con exclusión de las del tercer mundo, donde no han cesado los conflictos armados. Esto, porque según señala, desde la Primera Guerra todo conflicto demanda ser entendido en un sentido mundial so pena de no serlo. De acuerdo a esta concepción de la guerra, mientras dominó en su variante “Fría”, no ha habido para el primer mundo una guerra en sentido estricto, de modo que los restantes conflictos no son encuadrables en el estatuto de guerra porque no pertenecen a ningún área donde se decida cuál es el significado de la palabra “mundo”. Por tales razones, amén que previamente hayan existido decenas de guerras locales, tanto o más crudas, tanto o más permanentes, Irak es caracterizado por Nancy, como el escenario de un auténtico “retorno de la guerra”. Nos dice Nancy: “Por ahora, hay *la* guerra, y ‘mundial’, es en este sentido en el que están implicados varios de estos Soberanos cuyos títulos desciframos de maneras complejas y contradictorias”¹¹.

En Irak la guerra aparece determinada como un espacio simbólico que permite ser analizado por su relación con la tecnología. La principal distinción con los Balcanes está dada por este vínculo. Pero no sólo la tecnología aplicada a la producción de armas o la utilizada en su implementación, sino en un sentido más hondo lo que llama “*tejne* de la guerra”, que define de la siguiente forma: “la guerra es el modelo de la *tejne* ejecutora, concluyente, de que por tanto se piensa el fin como fin soberano”¹². Esta *tejne* bélica es un proceso de

¹¹ J.-L. Nancy, *Ser singular plural*, op. cit., p. 119.

¹² Ivi, p. 146. Nancy califica la técnica involucrada en la guerra como la auto-presentación de una determinada razón, a saber, aquella presentación que realiza la verdad de algo: “Esta auto-presentación sería entonces lógicamente la presentación de la técnica misma de la razón, de una técnica pensada como naturaleza primera o última de la razón, según la cual la razón se produce, se opera, se figura y se presenta ella misma”. (J.-L. Nancy, *Un pensamiento finito*, op. cit., p. 123). En otro lugar, se refiere a la técnica con otro matiz: “La técnica es una distancia y una demora, quizás infinitas, entre el productor con respecto al producto, y así, con respecto a sí mismo”. (J.-L. Nancy, *Les muses*, Galilée, Paris 2001, p. 49). La técnica imposibilita la coincidencia entre productor y producto, y termina quedando al servicio de la auto-presentación de una razón, en el caso de la *tejne* bélica, de la presentación de una verdad dependiente una representación como lo es racionalidad económica.

extensión soberana en que es poco importante si lo que se lleva a efecto son acciones armadas contra caudillos nacionalistas cuya soberanía es considerada precaria o no reconocible. El marco que nos presenta el filósofo para esta *tejne* es uno en que los representantes de las figuras más legitimadas de la soberanía llevan a cabo el simulacro de una supra-soberanía, y establecen una mismidad mundial a través de una serie de estrategias globales (valóricas, humanitarias y mediáticas en su mayoría). En dicho marco, aquello que más sorprende a Nancy es que una forma de violencia que se creía relegada a los totalitarismos históricos haya resurgido y ganado nuevamente credibilidad. “Dicho de otro modo, es muy notable que la idea de la violencia estatal/nacional legítima, durante tanto tiempo sospechosa e incluso tocada de una deslegitimación al menos tendencial, haya podido recuperar, o casi, su plena legitimidad”¹³.

La sorpresa de Nancy se enlaza con una exigencia relativa a los valores que se ponen en juego en la decisión de intervenir una nación soberana en nombre del restablecimiento de ciertos principios que le parece complejo no designar como filosóficos. La guerra económica es un asunto que tiene aparte de la identidad y la unidad también a la soberanía como factor relevante: la guerra es no sólo eso que la crea, sino también lo que neutraliza cualquier peligro que la amenace. Si lo que posibilita la defensa interna del Estado es la policía, la guerra hace real el derecho soberano de atacar a otra soberanía. En su opinión, es el más soberano de todos los derechos, ya que permite decidir quién es el enemigo, cómo dedicarse a someterlo e, incluso, cuáles son las medidas necesarias para privarlo de su soberanía. La guerra se vuelve imprescindible cuando se trata de crear nuevos derechos, nuevas distribuciones soberanas u otras legitimidades estatales y nacionales, en cambio, se convierte en una policía supra-soberana que es preciso mantener implícitamente activa cuando la meta es asegurar las legitimidades soberanas más influyentes o hegemónicas.

Contrariamente a la creencia de que la soberanía es un asunto garantizado, Nancy arguye que tal es la importancia de la guerra soberana en el mundo actual que nos cuesta imaginar un mundo abstraído de ella. No obstante, las cuestiones relacionadas con la soberanía como tal no son las que primariamente le preocupan. Manifiesta expresamente su desinterés en revisar el modo en que valores como la libertad sirven de instrumentos a la extensión política o

¹³ J.-L. Nancy, *Ser singular plural*, op. cit., p. 120.

económica. Le parece obvio que la guerra generalmente aparece como pacificadora y logra legitimidad cuando la opinión pública se muestra favorable a ella, lo cual no ocurre sino hasta que es vista como un ejercicio de protección de una determinada idea de libertad. Esta protección es territorial cuando se concibe como solución a una eventual amenaza a la propia soberanía, y valórica cuando el objetivo es garantizar la unicidad identitaria mundial. La marginalización de las formas de convivencia no mundiales también es explícitamente dada por sentada, ya que la proscripción de organizarse de un modo diferente o alternativo al patrón planetario queda asegurada por la amenaza tácita de padecer una guerra otrora presenciada sólo por televisión¹⁴.

Técnica, guerra y economía: hacia “otro pensamiento”

Así como el análisis nancyano de la guerra se abstiene de reducirla a un decisionismo soberano por parte de uno o más actores, tampoco intenta una moralización de la misma, antes bien, cree menester atender a cómo “entre el esquema siempre débil e inquietante de la ‘guerra (policía) del derecho’ y el esquema reactivado [...] de la ‘guerra soberana’, media un espacio vacío”¹⁵. Designa este espacio vacío como un desierto y lo describe no sólo como aquel donde arden los pozos de petróleo o proliferan los cráteres de las bombas, sino mayormente como un desierto del pensamiento. Los efectos de esta desertificación se manifiestan en todo aquello que ha pasado a ser patrimonio casi excluyente del tercer mundo, como la injusta distribución de los recursos naturales y financieros¹⁶. Según expresa, este desierto del pensamiento reclama “otro pensamiento”, aunque no la invención de una reflexión que reemplace al

¹⁴ Según se aprecia, ya en la década de los 90 Nancy vislumbraba la forma en que podían llevarse a cabo las guerras venideras. Lo dicho anteriormente grafica bastante bien la “Téjne de la soberanía”. De acuerdo con esto, cualquier resistencia a la guerra humanitaria llevada a cabo en nombre de la soberanía, es borrada del simbolismo político-valórico que la justifica, y cualquier otra perspectiva que cuestione la grandeza de la empresa bélica, es declarada como impotente o conspirativa. A juicio de Nancy, el resguardo de la unidad del mundo, llevado a cabo en nombre de ideales democráticos más elevados, no sólo no facilita, sino que niega toda oposición. J.-L. Nancy, *Ser singular plural*, op. cit., p. 144.

¹⁵ Ivi, p. 125.

¹⁶ Cfr. M. Goldschmit, “Ouvrir le monde à l’infini de la finitude” en Id., *Figures du dehors. Autour de Jean-Luc Nancy*, Editions Cécile Defaut, Nantes 2012, pp. 421-440.

que ha mundializado la guerra, sino aquel “en el que estamos ya, nos precede” y que “la guerra nos muestra que debemos incorporarnos al mismo”¹⁷.

Los signos de este pensamiento se pueden encontrar en lo que describe como el agotamiento de las perspectivas, la jerarquización del mundo en uno primero y otro tercero, asimismo en las esperanzas de orden y regulación que los hombres colocan en la economía. Aun cuando la confrontación compromete entre otros factores un análisis exhaustivo de los fundamentos éticos, políticos u ontológicos, pareciera como si todo debiera decidirse en la economía, o bien, pareciera que el espacio donde la guerra se ha vuelto soberana, es el mismo donde se ha vuelto esclava de la economía y el capital¹⁸. De igual modo hay signos de este otro pensamiento en la naturaleza dicotómica de la guerra, que sólo es entendida en términos de derrota o victoria, de soberanía afirmada o en riesgo, o bien, como compensación de fracasos bélicos anteriores. Recalca que si el espectáculo de la guerra evoca cierta belleza épica o heroica – haciendo dificultoso diferenciarla de la imagen fílmica sobre el honor y la gloria –, es porque con seguridad hay un mundo que se representa a sí mismo como falto de soberanía, y que sólo sabe responder a dicha carencia con una agudización de los mismos esquemas soberanos que históricamente lo han definido.

Un factor que pone en juego ese otro pensamiento del que nos habla Nancy es la técnica. Ésta, constituye aquel modo incondicionado – no necesariamente material – en que obligatoriamente debe presentarse todo. La técnica exige que la naturaleza proporcione materiales en modo y cantidad tales que pueda satisfacer las necesidades de consumo de las principales soberanías y, en menor medida, de aquellas que no lo son. Desde este punto de vista, conlleva un entendimiento de lo natural como una reserva aprovechable, un sujeto de cálculo y provisión no siempre circunscrito al propio territorio. Su variedad específicamente moderna,

¹⁷ J.-L. Nancy, *Ser singular plural*, op. cit., p. 125. Badiou exhibe en este aspecto, notorias coincidencias con Nancy, referidas, esta vez, a “Irak 2”: “El Bien de Bush designa el vacío violento del conservadurismo. Incluso la ‘proposición’ islámica, cuya evidente complicidad con la vacuidad estadounidense he señalado en otra parte, no está menos articulada sobre una apariencia de trascendencia y basada en reglas comprensibles para aquello que los líderes de la revolución iraní llamaban los ‘desheredados’. En vista de lo cual la ‘libertad’ occidental no es sino el señuelo de un lujo intolerable. Tal es el desastre en curso de lo ilimitado: es como el falso infinito, del que sólo existe la envoltura del poder. El poderío como vacío de la Idea: ése es el principio de los estragos por venir”. A. Badiou, *Filosofía del presente*, Capital intelectual, Bs. Aires 2010, p. 42.

¹⁸ Cfr. J.-L. Nancy, *La Création du monde ou la mondialisation*, Galilée, Paris 2002, p. 114.

difiere de otras comprensiones de la naturaleza en el sentido que ésta no es ya un don preexistente, sino algo que debe ser transformado de acuerdo a los cambios en las necesidades materiales. En el contexto de la transacción y aprovechamiento de estas reservas, lo que impera es la desigualdad distributiva, el acaparamiento y la capitalización.

“Técnico”, en el presente al que Nancy circunscribe su análisis, alude al proceso mediante el cual se expone una verdad del mundo revelada como totalidad, que no deja nada sin desocultar. No hace referencia a un ente particular, susceptible de ser localizado, pues representa eso mismo que diluye la diferencia entre la especificidad del ente y la generalidad del ser. Se trata del marco que contiene y regula toda comprensión, por esta razón, no es extraño que Nancy la califique – al menos cuando se refiere a sus rasgos más generales –, como algo equivalente a la articulación del todo en un mismo régimen de existencia¹⁹.

Nancy concede a Heidegger que la época en que los hombres podían diferenciarse de la técnica se ha acabado. De igual manera, asiente que la técnica no es algo que da forma a las cosas, sino que constituye la forma misma del ser. Difiere de cierta apreciación heideggeriana de este elemento cuando es entendido como una suerte de parcelación regulada y niveladora de lo real, resaltando que dicha afirmación además de obvia, resulta oscurecedora de algunos aspectos de la cuestión. Según indica, la técnica denota un proceso que sigue una sola dirección, marcado por el imperativo de no poder rehusarse al cambio. Esta imposibilidad de no cambiar no reconoce ningún control racional y no es protagonizada por nadie. Si bien su anonimato es constatable en la no centralidad del hombre en su conducción y, desde esta perspectiva, es posible considerarla como un destino ante el cual es imposible retroceder, para Nancy más que un “envío”, representa un acabado del ser²⁰. La técnica es un conjunto de cambios que no admiten negación, sin embargo, tales cambios no son relativos a ninguna otredad, porque se dan siempre en los márgenes de cierta indefinición de la noción misma de fin y una indeterminación respecto de cualquier sentido último. Así, el perfeccionamiento de un teléfono o un avión de combate no favorecen ninguna finalización de sí mismos, ya que lo idóneo en tal proceso es nunca ser tan

¹⁹ J.-L. Nancy, *La pensée dérobée*, op. cit., p. 142.

²⁰ J.-L. Nancy, *La partición de las artes*, Pre-Textos, Valencia 2013, p. 242.

perfectos como su versión posterior; funcionan, por tanto, acabando o dando terminaciones más precisas a un contexto general de acabamiento histórico-filosófico²¹. Puntualiza Nancy: la “técnica debe entenderse como la dominación planetaria de la ausencia de comienzo y de fin”²².

La identidad, la unidad, la soberanía y la técnica figuran en el planteamiento nancyano asociados con ese “otro pensamiento” del que nos habla. Pero dado que cada uno a su manera también se inscribe en los registros de lo ontológico y lo político, su tratamiento y aprehensión resulta complejo. Ante la imposibilidad de definirlos plenamente, estos conceptos abiertos, que no son otra cosa que redes de relaciones entre temas unas veces análogos, otras discrepantes entre sí, Nancy opta por remitirlos a un concepto que, aunque definitivamente resulta todavía más plurívoco contribuye a darles cierto margen. Tal es el oscuro y difícil de determinar concepto de “ecotecnia”. Para este concepto, Nancy ofrece múltiples definiciones que nos permiten acotarlo, verificar su relación con las ideas antes mencionadas, y ver en qué cuantía constituye parte de ese otro pensamiento sobre el que nos invita a reflexionar.

La Ecotecnia y la posibilidad de una nueva ontología

Nancy arguye que en las condiciones mundiales actuales hay perturbación por la singularidad, pues las formas de colaboración entre existencias, los intercambios de sentido y la riqueza de la convivencia, resultan indescifrables si desde la partida se los priva de la posibilidad de inducir novedad a un mundo que se funda en la identidad. El mundo no es un compuesto de individuos agregados exteriormente o ajenos entre sí, pues el ser se expone como contagioso, comunicativo, táctil. “Ser-con” o “ser-en-común” son términos que se refieren a una comunidad que tensiona la nulidad que hoy pareciera dominar. Por tanto, el término ecotecnia servirá al filósofo -dada su naturaleza dual- para en lugar de negar el mundo de la mismidad, establecer un puente entre su homogeneidad propia y el otro pensamiento que es la comunidad. Ecotecnia implica un compromiso no sólo con los sucesos más íntimos de la diferencia entre seres, sino también con la mismidad

²¹ J.-L. Nancy, *Ser singular plural*, op. cit., p. 134.

²² J.-L. Nancy, *La Création du monde ou la mondialisation*, op. cit., p. 96.

generalizada, versa sobre el modo en que se articulan las condiciones sistémicas del mundo con la manera múltiple y plural en que se da el compartir intramundano de la existencia²³.

Preguntarse por el sentido del ser, conduce a una interrogación por la comparecencia del ser, debido a que es esta fórmula la que permite llegar a un concepto del mundo que conjugue críticamente las guerras identitarias con el ser-con. Para ello, Nancy declara que la crítica heideggeriana a la metafísica tradicional, en concreto, a aquella tradición que “concibe la historia desde la ‘subjetividad’ humana”²⁴, ese “imperialismo planetario del hombre técnicamente organizado”²⁵, no se resuelve suficientemente con pergeñar una idea que subvalora el *Mitsein*²⁶.

Para nuestro filósofo, Heidegger acaba por apertrecharse en posiciones igual de metafísicas que las que pretende refutar, sosteniendo implícitamente otra clase de sustancia: el “destino común” (*Geschick*), cuyo acceso queda vetado al *Dasein* sin el sacrificio de su propia existencia. Este es el resultado de que, en su forma preliminar, existe un innegable talante solipsista que afecta al *Dasein*, que luego se convierte en un serio escollo para establecer el modo en que éste co-existe. La analítica existencial de Heidegger, por su tendencia a pensar en primer lugar seres individuales y luego el nexo que los une no es, en este sentido, muy distinta de las metafísicas intersubjetivas que suponen una misión sacrificial. Para Nancy, la obsesiva insistencia en que el *Dasein* posea un destino o futuro no se restringe exclusivamente al libro de 1927, sino que persigue a Heidegger hasta algunos de los textos considerados menos cercanos a *Ser y tiempo*: los *Beiträge* o *Aportes a la filosofía*. En su sexta parte, titulada “Los futuros”, a continuación de declarar que nuestra “época es la época del ocaso”, escribe Heidegger: “Los futuros del último dios disputarán el evento [*ereignis*] en la impugnación de esta contienda [de la tierra y el mundo] y recordarán en la más amplia ojeada retrospectiva a lo máximo creado en tanto cumplida unicidad y singularidad del ser”²⁷.

²³ J.-L. Nancy, *Ser singular plural*, op. cit., p. 149.

²⁴ M. Heidegger, “Sobre la esencia y el concepto de la Φύσις, Aristóteles, *Física*, B, 1”, en Id., *Hitos, Hitos*, Alianza, Madrid 2007, p. 201.

²⁵ M. Heidegger, “La época de la imagen de mundo”, en Id., *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid 1995, p. 107.

²⁶ J.-L. Nancy, *La communauté désouvrée*, Christian Bourgois, Paris 2011, p. 37.

²⁷ M. Heidegger, *Aportes a la filosofía. Acerca del evento*, Biblos, Bs. Aires 2003, p. 320.

Nancy pretende resolver estos problemas presentes en Heidegger, tomando algunos de sus propios asertos. A diferencia del alemán, hay en nuestro filósofo un rechazo expreso a cualquier tipo de juicio sobre el pasado o el por-venir, sea para todos los seres o sólo algunos. Esto se explicita mediante una desconfianza declarada a todo tipo de escatología política u ontológica. Nancy nos ofrece la alternativa de acogernos únicamente al mundo, es decir, a la venida de múltiples relaciones de sentido, al advenimiento constante de nuevos pliegues o giros del sentido en su infinita circulación trascendente-inmanente (o *transinmanente*, dicho en sus propios términos)²⁸. Ningún ser es pobre o rico de sentido ya que, desde los hombres hasta las piedras, pasando por las botellas de Coca-Cola, todo lo que existe expone su existencia a otros. El sentido circula y lo componen los mismos seres que en su coexistencia se trascienden a sí mismos sin distinción de rango. Los existentes no son átomos unidos por algo externo, antes bien, cada cual forma parte de un ser-con que los instala originariamente en el plano de la relación. En ella se singularizan, porque conforman un conjunto más amplio que ni los subsume ni los absorbe, sino que los deja libres en su exposición.

Centrando su atención en el *Mitsein*, Nancy afronta el problema de cómo nuestra contemporaneidad exige una filosofía apta para deconstruir la idea de una existencia separada o absoluta, y ante los temores que un excesivo acento en lo relacional pueda favorecer el contagio de crisis financieras o problemas ligados a las migraciones de refugiados, propugna una intensificación de las relaciones entre las diversas partes y lugares que componen el mundo. Este acento en las relaciones que el ser despliega pluralmente constituye una tentativa de aproximar el primer y tercer mundo, hasta convertirlo en uno que en su multiplicidad cautele la singularidad. Esta aproximación continental figura como uno de los objetivos básicos de la ontología de la comunidad y su planeamiento de la ecotecnia²⁹. Sin embargo, si ambos conceptos han de alcanzar más validez que la mera enunciación de principios, también esta aproximación debe darse entre concepciones diversas del ser.

Christopher Watkin cataloga la necesidad de dotar a la ontología de una proyección escatológica o una suerte de final narrativo como un “parasitismo filosófico”. C. Watkin, *Difficult Atheism: Post-Theological Thinking in Alain Badiou, Jean-Luc Nancy and Quentin Meillassoux*, Edinburgh University Press, Edinburgh 2011, pp. 74-75.

²⁸ J.-L. Nancy, *La pensée dérobée*, op. cit., p. 120.

²⁹ J.-L. Nancy, *Le sens du monde*, op. cit., p. 226.

Conclusiones

Desde los años 70 y 80³⁰, hasta sus últimos textos, Nancy ha evitado producir una política que eche raíces en alguna clase de finalidad o proyecto que resultara en una comunidad perfecta o una identidad pura. Esto, porque sólo a partir de una política que no persiga ninguna finalidad es posible romper con la ley de la equivalencia. Su ontología de la comunidad parte de un hecho en apariencia banal: somos comunidad, pero lo que a primera vista podría parecer evidente, mirado en detalle permite entender que el ser es primordialmente un conjunto de relaciones de distinción y singularidad. Con ello lo que Nancy establece es que la ontología adquiere una forma originariamente política al invaginarse en el espaciamiento de un sentido compartido del cual participan todos los seres, transido de una irrecusable primacía del *Mit* o el *cum*. Este pensamiento de una ontología de la comunidad permite comprender los rasgos políticos más decisivos del mundo actual, al tiempo que redefine las coordenadas tradicionales de la metafísica Occidental y sus nefastas consecuencias factuales³¹.

La interrogación de Nancy por una política antepuesta a la ontología responde a esa secuencia temporal designada como “fin del comunismo real”, cuyo efecto más relevante consistió en liberar aquellos aspectos de la palabra común que habían sido reprimidos o deformados por la política. Esta cuestión debe entenderse desde una doble coyuntura: por un lado, mientras estuvo vigente el comunismo no supo hacer justicia a lo común y, por otro, cuando comenzaba a desaparecer no estuvo a la altura de impedir su transformación en equivalencia capitalista. Esto explica por qué la vuelta a Marx representa una referencia tan persistente en Nancy, ya según sostiene, fue quien de entre las muchas ideas desarrolladas a lo largo de la historia del pensamiento, supo poner lo común en primera línea.

Lo que vino luego del comunismo es una clase inaudita de totalitarismo no surgido del seno de una ideología, sino vinculado a las fuerzas económicas de

³⁰ Cfr. Ph. Lacoue-Labarthe y J.-L. Nancy, (Eds.) *Les fins de l'homme. À partir du travail de Jacques Derrida*, Hermann, París 2013; Ph. Lacoue-Labarthe y J.-L. Nancy, (Eds.) *Le retrait du politique*, Galilée, París 1983; Ph. Lacoue-Labarthe y J.-L. Nancy, (Eds.) *Rejouer le politique*, Galilée, París 1981.

³¹ J.-L. Nancy, *La vérité de la démocratie*, Galilée, París 2008, pp. 62-63.

gestión y administración del poder soberano. El nuevo totalitarismo es el resultado de la alianza entre política y capitalismo que emplaza nuevas formas ónticas de aprovechamiento, esclavitud, segregación y guerra mundial. El retratamiento nancyano del comunismo no lo considera aparte de la democracia, sino que lo enquista en la misma. La democracia es la encargada de realizar la infinitud de lo común, las relaciones singulares y la inequivalencia. Lo común no es asunto de las relaciones corrientes del poder, ni tampoco una instancia que competa a las disciplinas encargadas de censar o trazar proyecciones a la gobernabilidad, sino por el contrario, corresponde a una *praxis* de lo común, a aquella práctica del compartir el ser que funda lo común.

La globalización de las consignas filosófico-políticas de Occidente, que privilegian la unidad por sobre las diferencias, junto con fomentar una comprensión del ser como Uno, ha hecho realidad la homogeneidad que se mantenía latente en las pretensiones universalizantes de su metafísica. Allende el totalitarismo contemporáneo que conjunta, elementos políticos con filosóficos, están los efectos más crudos de la mismidad y la identidad, entre ellos la catástrofe, de la cual la limpieza étnica en Sarajevo, e Irak, en cuanto bastión militar de la economía, son sólo el prototipo de la guerra que define a nuestro planeta. Una guerra no entre civilizaciones, sino una guerra civil cuyos agentes, aun cuando participan de una y la misma comunidad, se entregan a los desvaríos de la equivalencia identitaria. La catástrofe acontece cuando lo común adquiere un nombre y es compelido a regirse por un poder, una identidad o la condenación económica de un territorio. Escribe Nancy sobre la guerra: “En alguna parte, un Sujeto puro declara ser el Pueblo, el Derecho, el Estado, la Identidad en nombre de la cual ‘Sarajevo’ debe ser puramente y simplemente identificado como objetivo”³²; y complementa: “La guerra del Golfo se sitúa en el espacio enorme abierto por una ocasión fallida de aprehender o de reaprehender la comunidad”³³.

Mediante la fusión de comunismo y democracia, la ontología de la comunidad nos ofrece la posibilidad de pensar originariamente una forma de resistencia a la catástrofe. Ello, a condición de que la democracia sea capaz de ser al mismo

³² J.-L. Nancy, *Ser singular plural*, op. cit., p. 159.

³³ J.-L. Nancy y C. Bailly, *La comparution*, op. cit., p. 50.

tiempo un comunismo que desee la realización de lo común³⁴. Debe haber un común para que lo político se comunique y pueda llegar al pensamiento como un hecho. No obstante, lo que está en juego es la reivindicación del comunismo no sólo como tema del pensar sino como un *factum* constitutivo y constituyente del trazado político del mundo. El “comunismo democrático” de Nancy, mienta la exigencia activa de la política deviniendo una ontología libre y a-significante, en la misma medida en que la ontología deviene hoy en una categorización política de los grupos humanos, su entorno natural y técnico.

La ontología nancyana de la comunidad elicit una renovación en la comprensión de lo político y lo ontológico, al echar sus raíces en las modalidades más concretas de comunicación y exposición entre seres finitos. No es una hipótesis, sino una tesis acerca de una responsabilidad relativa al cuidado de la singularidad. Inequívocamente, se trata de una tesis que aun cuando se formula sobre la base del dato ontológico de la comunidad, apela a un hecho político del mundo comprendido como una red de exposiciones de sentido. Esta forma concreta de comunicación singular encarrila las aspiraciones iniciales de Nancy de incidir de manera adecuada en la política. Si ello supuso adoptar la estructura de una ontología fundada en la política, ello no se debió sólo a la dificultad que por sí mismas conllevan este tipo de cuestiones. La política, afirma Nancy, debe ser ante todo una instancia separada, en cuanto no todo es político. Pero una vez que se han deconstruido las diversas formas de significación, dejando entrever la radical apertura del mundo, lo que aparece ahí no podría ser otra cosa que la urgencia de una ontología política, o bien, una nueva forma de “filosofía primera”.

La urgencia no es entonces, a este respecto, otra abstracción política. Consiste más La filosofía debe re-comenzar, re-comenzarse a partir de sí misma contra sí misma, es decir, contra la filosofía política y la política filosófica. Para ello, debe en principio pensar cómo nosotros somos ‘nosotros’ entre nosotros: cómo la consistencia de nuestro ser está en el ser-en-común, pero cómo esto último consiste muy precisamente en el ‘en’ o en el ‘entre’ de su espaciamiento³⁵.

El paso que da Nancy con su ontología de la comunidad consiste, en este

³⁴ J.-L. Nancy, *La vérité de la démocratie*, op. cit., p. 30.

³⁵ J.-L. Nancy, *Ser singular plural*, op. cit., pp. 41-42.

sentido, en verificar que, tras las instancias más visibles de la política, tales como la democracia, se esconden otras que competen a lo político en su esencia³⁶. La democracia que corresponde a lo político se define como una “aristocracia igualitaria” en el sentido que requiere de aquello que hace de cada ser algo único e irrepetible y, como tal, distinguido de otros. Existencia y democracia, ontología y política se entrecruzan porque no son ni más ni menos aquellas instancias que en conjunto deben hacer posible la existencia en comunidad de seres distinguidos unos de otros.

El imperativo de esta democracia no se restringe a la distribución igualitaria de recursos o a la realización de determinados ideales, sino que se aboca a la realización de la existencia misma. El “‘comunismo’ en cuanto verdad de la democracia”³⁷ no debe ser homologado a la masa, que sería una variante de lo compacto sin fisura, o la mera adición de individuos. Si se trata de un comunismo y una democracia sin figura, esta democracia mienta una suerte de paradójal caos no totalmente caótico. La clase de caos a la que se refiere Nancy se corresponde con la distinción igualitaria que funda la democracia nietzscheana, pues, se haya comprometida con lo que para el filósofo es lo único que tenemos delante, esto es, sólo a nosotros mismos. Esta carencia de figura es lo que nos expone, al tiempo que nos vuelve semejantes en el compartir el ser. “Somos semejantes porque estamos, cada uno, expuestos al afuera que somos *nosotros para nosotros-mismos*”³⁸. La ontología de la comunidad se revela, según hemos argumentado, como la imposibilidad de salir de nosotros mismos y, desprovistos de todo más allá, únicamente concentrarnos en este interior irrecusable que es, para Nancy, todo el mundo que hoy nos resta.

³⁶ J.-L. Nancy, *La vérité de la démocratie*, op. cit., p. 57.

³⁷ *Ivi*, p. 53.

³⁸ J.-L. Nancy, *La communauté désouvrée*, op. cit., p. 64.

BIBLIOGRAFÍA

- ARMSTRONG PH., *Reticulations. Jean-Luc Nancy and the Networks of the Political*, University of Minnesota Press, Minneapolis 2009.
- BADIOU A., *Filosofía del presente*, Capital intelectual, Bs. Aires 2010.
- BERKMAN D. y D. COHEN-LEVINAS, (EDS.), *Figures du dehors. Autour de Jean-Luc Nancy*, Nantes 2012.
- HEIDEGGER M., *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid 1995.
- , *Hitos*, Alianza, Madrid 2007.
- HUTCHENS B. C., *Jean-Luc Nancy and the Future of the Philosophy*, McGill-Queens University Press, Montreal & Kingston 2005.
- NANCY J.-L., *Corpus*, Métailié, Paris 2000.
- , *Identité. Fragments, franchises*, Galilée, Paris 2010.
- , *La Création du monde ou la mondialisation*, Galilée, Paris 2002.
- , *La comparution*, Cristian Bourgois Editeur, Paris 2007.
- , *La pensée dérobée*, Galilée, Paris 2001.
- , *La vérité de la démocratie*, Galilée, Paris 2008.
- , *Les muses*, Galilée, Paris 2001.
- , *Le sens du monde*, Galilée, Paris 1993.
- , *Ser singular plural*, Arena Libros, Madrid 2006.
- , *Un pensamiento finito*, Anthropos, Barcelona 2002.
- NANCY J.-L. y PH. LACOUÉ-LABARTHE, *Le mythe nazi*, Editions de l'Aube, La Tour-d'Aigues 1991.
- WATKIN C., *Difficult Atheism: Post-Theological Thinking in Alain Badiou, Jean-Luc Nancy and Quentin Meillassoux*, Edinburgh University Press, Edinburgh 2011.